

GABRIELA MISTRAL

El Grito

¡AMERICA! ¡América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella desdicha o bien.

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quichua-español, el araucano-español; pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir la quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: Enseña en tu clase el ensueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga a la América, a su Bello, a su Montalvo, a su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo ajeno, por lejano y extraño y, además, caduco, de hermosa caduquéz fatal.

Describe a tu América. Haz amar tu luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América, di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en la Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigiéis a Nicaragua para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar a Argentina. Piensa en que llegará la hora, en que seremos uno, y entonces, tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, la exquisitez y la hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío, a tu Nervo: cree en nuestra sensibilidad que puede vibrar como "la otra", manar como la otra, la gota cristalina y breve como la obra perfecta.

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o si quiera detener la invasión, que llaman inofensiva y que es fatal, de la América

rubia, que quiere vendérselo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria, de sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tus obreros, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al yanqui? ¡No! Nos está vendiendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiamos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y oro, a su voluntad y a su opulencia. Dirijamos toda actividad, como una flecha, hacia este futuro ineludible: la América española una; unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dió Dios y el dolor que le da el Norte.

Nosotros ensorbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra fuerza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo aparecer con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos inacabablemente, mientras él "hace", ejecuta; nos despedazamos, mientras él se afirma como una carne joven; se hace duro y formidable; suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea, minuto a minuto; educa en su propia fe y se hace por esa fe, divino e invencible.

¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro; qué hermosura; qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!